

José Gregorio Hernández y Rafael Rangel en perspectiva comparada.

Alí Daniel Medina Ángel

Introducción

En los últimos años, el análisis concreto del término trujillanidad ha sido una tarea recurrente dentro de la visión académica e institucional de la universidad Valle del Momboy. Y ello ha sido así, fundamentalmente, por cuanto a este término se encuentran ligados distintos procesos que guardan relación con la identidad regional y local, con los valores trujillanos, con su territorio y con los componentes primordiales de lo que se conoce como desarrollo humano sustentable. Procesos que, en lo esencial, constituyen la base sustantiva desde la cual se pueden perfilar perfectamente una serie de propuestas que apunten al logro definitivo de una sociedad trujillana próspera en lo económico, integrada en lo social y con perspectivas positivas de bienestar en el aspecto humano.

Sin lugar a dudas, hablar de trujillanidad, significa entonces reconocer en la obra de sus más emblemáticos exponentes ideas excepcionales, principios rectores, valores auténticos y ejecutorias preponderantes que bien pueden servir como punto de partida para construir un Trujillo mejor. Es por ello que una cabal comprensión del ser y el hacer sociocultural de la entidad, de su extensa historia, de la rica y densa producción intelectual de aquellas figuras que a lo largo del tiempo plasmaron para la posteridad lo que verdaderamente debe hacerse en aras de alcanzar un destino mejor, constituye hoy una tarea impostergable.

Se puede afirmar, por tanto, que la trujillanidad como un proceso constante de construcción social, va transformándose en una visión de largo plazo, una visión que invariablemente integra historia, cultura, arte y religiosidad. En todo caso, prefigura un marco aglutinador de las más variadas contribuciones de quienes han tenido la fortuna de observar el destino de nuestro estado con ojos de grandeza. Significa, en suma, la concreción geo-socio-histórica y cultural, en tiempo presente, de un proyecto de sociedad sustentado primordialmente en la obra ejemplar legada por sus más eminentes cultivadores.

En ese sentido, las ideas que siguen a continuación, no son más que una aproximación inicial en perspectiva comparada de algunos rasgos distintivos de la vida y obra de José Gregorio Hernández y Rafael Rangel, cultivadores ambos de esa trujillanidad que se intenta dilucidar hoy a pesar de los desencuentros y las dificultades presentes en la realidad social de la entidad.

I.Una comparación necesaria.

Se podría afirmar que tanto José Gregorio Hernández como Rafael Rangel conviven en el imaginario colectivo bajo la sombra efímera de una vida paralela. Un paralelismo inquieto eso sí, que afanosamente trata de entrelazarse en los caminos más recónditos de la ciencia y de la fe, lo cual hace suponer que sus ejecutorias vitales siempre llevaron consigo la huella imborrable del lugar que los vio nacer. Además, ese paralelismo inquieto también se hace presente en buena parte de su formación académica, hasta llegar de manera excelsa al ejercicio profesional y a la noble labor de investigación como características compartidas y distintivas de dos personalidades ganadas a la grandeza.

Tal como lo señalara Díaz Castañeda (1977), “tanto José Gregorio Hernández como Rafael Rangel escogen la carrera de medicina; Hernández la culmina, Rangel no; Hernández llega a ser un extraordinario profesor, Rangel un genial investigador, ambos excelentes maestros; Hernández pasa a la Historia de la Medicina en Venezuela como Padre de la Bacteriología, Rangel como Padre de la Parasitología”. Como puede apreciarse, ese paralelismo vital, trazado al calor de los distintos roles ejercidos por ambos personajes, dan cuenta de la inmensa riqueza intelectual acuñada en su ser y de su denodada inquietud por trascender una vida marcada por un incesante y continuo trajinar, lo cual merece, indistintamente de la posición que se quiera tomar en la valoración de la obra de tan eminentes ciudadanos, el más afirmativo de los calificativos que se puedan utilizar.

Por otra parte, y es lo que bien merece resaltarse con toda la firmeza posible de la vida de tan nobles trujillanos, es aquella propensión a dilucidar bajo la fina estampa de sus conocimientos científicos, las causas más concretas de los graves problemas de salud pública que aquejaban a buena parte de la población de la Venezuela de entonces. Sin duda, el logro de tan importante objetivo, viene dado por la entereza con la cual Hernández y Rangel pudieron sobrellevar infinidad de rencillas políticas, cantidad considerable de mezquindades e intereses manifiestos, así como trabas muy propias de las condiciones sanitarias existentes para la época, lo cual reafirma la férrea voluntad con la que actuaron en favor de las causas más justas y esenciales presentes en aquella sociedad que daba los primeros pasos para entrar al siglo XX.

Lo anterior permite destacar que en la vida académica y docente, pero sobre todo, en la labor de investigación de ambos personajes, la intención última siempre fue la misma: servir con grandeza y pasión humana en la búsqueda de respuestas precisas a los problemas más complejos y acuciantes de la vida venezolana. En efecto, tal como lo señala Yaber (2004), “José Gregorio era ajeno a la más leve propensión mercenaria; estaba dotado de una generosidad espléndida y desinterés de las cosas materiales, de cierta abnegación y espíritu de sacrificio, que lo erigían en modelo y dechado de virtudes”.

Abnegación y sacrificio que igualmente se pueden observar en el sabio Rangel, características por lo demás definitorias de una conducta obsesiva si se quiere, impulsiva al extremo, pero que, en muchos casos, aseguraba una carga emocional necesaria para enfrentar los retos de una época marcada por una creciente conflictividad política, el recrudecimiento de las diferencias y antagonismos sociales así como la emergencia en el campo de la salud pública de distintas endemias y epidemias. No cabe duda, entonces, que ese contexto social y político, seguramente ejerció una influencia determinante en la vida de Rangel, influencia que lo hace esforzarse a más no poder en la búsqueda afanosa de ese reconocimiento auténtico que la sociedad del momento no quiso ofrecerle.

Comparar, por tanto, dos personalidades que entre sí aglutinan con una fuerza arrolladora conocimientos valiosos, virtudes ciudadanas, anhelos de grandeza, una alta convicción humana y amor por su profesión, constituye una tarea verdaderamente enriquecedora, y por lo demás, muy valiosa, sobre todo cuando en la hora actual venezolana resulta imprescindible más que nunca acudir a ambas figuras como referencias arquetípicas para vislumbrar un sendero a través del cual se pueda lograr definitivamente la reconciliación espiritual y social en el país.

II. Entre la ciencia y la fe.

Fundamentalmente, tanto Hernández como Rangel, lograron definir para la posteridad un modelo de vida si se quiere emblemático, un modelo por medio del cual se puede ejercer eficientemente lo que se define como labor de patria. Así, el primero de ellos, bajo la égida indiscutible del fervor religioso, reafirma de manera precisa su condición humana como base indeleble de la consagración a los más necesitados; y el otro, a través de una mente preclara, trata de dilucidar científicamente aquellos elementos constitutivos de la Venezuela profunda; por ello, cabe aquí la afirmación de Díaz Castañeda (1977), cuando advierte que “Rangel y Hernández eran dos místicos a su manera. Rangel abandonó la religión para consagrarse a la ciencia, Hernández vivió más en la religión que en la ciencia”.

Quizá sea por esa condición mística que tanto ciencia como religión se confunden sigilosamente en la actuación meritoria de estas dos grandes figuras de la historia nacional. Por una parte, el quehacer científico recubre con el manto esperanzador del conocimiento concreto, una producción intelectual cargada de aciertos y contrastes, pero siempre apuntando hacia la realización del bien común como elemento definitorio de toda labor de investigación; y por otra, la visión religiosa, que reproduce en su total dimensión la entrega más decidida de un alma consagrada a Dios, caritativa en esencia, pero, sobre todo, conectada a una fe irrenunciable que lo condujo a ese destino auténtico que seguramente nunca soñó.

Ciencia y religión, en todo caso, se entrelazan como dos espacios propicios de realización humana, como marcos definitorios de una vida plena, como ámbitos de encuentro creador, que bien pudieron significar en ambos la vía más propicia y expedita para acallar en la profundidad de su ser la presencia angustiante del miedo y la obsesión extrema. Como lo refiere Díaz Castañeda (1977), “ de Rangel se recuerda hoy su tragedia y su sabiduría, de Hernández su santidad: sabiduría o santidad, máximas virtudes a que un hombre pueda aspirar”.

Pero, además, se podría agregar que esa presencia inalterable del miedo y la obsesión extrema, como acompañantes perennes de una vida personal y profesional extremadamente poderosa, permiten definir en Hernández aquella esencia espiritual que lo condujo por un camino de santidad puesta al servicio de las causas más nobles y productivas. De igual forma, en Rangel, ese miedo y obsesión enfermiza lo hacen enfrentar una realidad social y personal profundamente adversa, muy dura, que lo interpelaba a cada instante, tratando de minar si se quiere aquella fuerza interior que resistió hasta el cansancio los embates de una época sumamente difícil, aun para los espíritus más ingeniosos.

No obstante las diferencias que a simple vista pudieran destacarse entre ciencia y religión, pues para muchos intelectos ambas esferas constituyen caminos muy específicos en la búsqueda de respuestas precisas a los misterios más profundos dentro de los cuales se debate la vida humana, en la existencia integral de Hernández y Rangel pareciera que, por el contrario, esas esferas se complementan. Cabe entonces la afirmación de Yaber (2004), quien refiriéndose a Hernández, señala: “ él se encargaba de demostrar a todos que la religión sublima la vida, porque es la escuela del deber y de la verdadera nobleza; que las ideas religiosas, lejos de estar en pugna con las verdades científicas, las corroboran”.

Ahora bien, del mismo modo en que Hernández hace de su labor humanitaria y social un deber insoslayable, igualmente Rangel acude presuroso al encuentro con la grandeza eterna puesta al servicio invaluable de las causas más nobles, sean éstas relativas a la orientación tutelar de futuros profesionales de la medicina,

a la enseñanza desinteresada de conocimientos valiosos, o bien, interviniendo con esmero en el campo de la salud pública venezolana. Como se advierte en Suárez y Rojas (2009), "Rafael Rangel se convierte en uno de los personajes más destacados de la Ciencia Venezolana; emblemático porque al estudiar a fondo su historia, comprendemos el sacrificio realizado en esos 32 años de existencia; su historia nos permite tomarlo como ejemplo gracias a que siempre se destacó por su inagotable interés por el estudio y su desinteresada vocación servicial".

Asistimos pues, como puede apreciarse, a la entrega más fecunda que dos personalidades pudieron hacer a una sociedad que en su momento transitaba por dificultades de toda índole. Una entrega total y desinteresada además, desde espacios específicos que se entrecruzan con suma facilidad a lo largo de su existencia vital, logrando dar forma concreta a una labor científica e intelectual encomiable, sobresaliente y merecedora de todo el reconocimiento posible. En consecuencia, cada cual a su manera y con las herramientas aportadas por el conocimiento fecundo y la fe religiosa, trató de interpretar fielmente el sentido más profundo de la época que les tocó vivir.

III. Entre el miedo y el olvido.

Con la muerte de Rafael Rangel primeramente, y de José Gregorio Hernández unos años después, ese paralelismo inquieto del que se hizo mención al inicio de estas líneas, se rompe de una manera definitiva. A juzgar por lo sucedido, pareciera que el dictamen final de una sociedad extremadamente inclemente, fuese sentenciar al olvido la inmensa obra legada por Rangel, lo cual denota una acción sumamente penosa y despiadada si se observa desde la objetividad ofrecida por el paso de los años. No obstante los innumerables homenajes recibidos, la evocación a su figura desde las más variadas instituciones y de las referencias aportadas por insignes personajes de su dilatada trayectoria como científico, todo ello resulta insuficiente para revertir la injusticia creciente que la historia social aún mantiene con el hijo ilustre de Betijoque.

Como se puede apreciar en Suárez y Rojas (2009), "Rafael Rangel, constituye una de las figuras más emblemática que ha dado nuestra patria, pero que al igual que muchos otros, su gran obra y labor realizada pasa desapercibida y a medida que transcurren los años se pierde en el olvido colectivo". Ese olvido colectivo, en grado variable, ha sido influenciado si se quiere desde algunos centros de poder; incluso, desde algunos espacios académicos conformantes de la institucionalidad nacional pero, sobre todo, desde la ignorancia colectiva más

nefasta con la cual se ha intentado soslayar una obra que en mucho sobrepasa cualquier límite que se pretenda imponerle.

Caso distinto lo sucedido con Hernández, quien quizá ungido por la gracia divina y arropado con el manto eximio del altísimo, siempre ha mantenido a lo largo del tiempo una presencia inalterable, atrayente y casi mítica en todos los rincones de la sociedad venezolana. Por consiguiente, su obra y figura han servido para enaltecer almas compungidas, elevar espíritus decaídos, sobrellevar desgracias inesperadas pero, en el mejor de los casos, para hacer de su evidente santidad el punto de encuentro de todo un colectivo social que siente en lo más profundo de su ser la presencia cautiva de Hernández.

Tal como lo refiere Amodio (s/f), “junto al científico y al venerable otra figura fue creciendo en el imaginario popular: “el médico de los pobres”, un espíritu tutelar que integra el multiforme panteón de los cultos religiosos populares”. Por esta razón, con el paso de los años, la figura de Hernández se convierte en una fuerza espiritual que bien puede representar en la actualidad y en una única condición esencial, la santidad hecha esperanza en el corazón de todos y cada uno de sus fieles seguidores. Quizá sea por ello, entonces, que Hernández simbolice aquella fuerza eterna, inmutable y perenne que guía por los senderos de la esperanza la vida integral del pueblo venezolano.

Tomando en consideración el contexto anterior, el significado de la muerte en ambos personajes es diametralmente opuesto. En Rangel, tal vez el suicidio constituyó la excusa definitiva para guardar en el olvido una extensa producción científica que en vida ya era vista con cierto desdén y suspicacia por muchos de sus pares investigadores. Con Hernández, un accidente fatal lo eleva a la grandeza eterna, situación excepcional por lo demás, y lo consagra en el imaginario colectivo como la figura que siempre obrará con acierto para conceder ese milagro tan esperado por quienes acuden a él con entera devoción. Pudiera pensarse, finalmente, que la muerte coloca a Rangel al borde del olvido colectivo y lo aparta sin contemplación alguna de la condición de heroicidad que adquieren aquellas figuras preponderantes en la historia de toda sociedad; por el contrario, en Hernández, el llamado de la muerte asume un tono mítico, esencial y trascendente que lo ubica como una figura a la cual se venera con una fe inquebrantable.

Reflexión final.

Finalmente, puede afirmarse con plena convicción que la vida y obra de José Gregorio Hernández y Rafael Rangel adquieren hoy una vigencia incuestionable. A la luz de sus ejecutorias más resaltantes en áreas como la investigación científica,

la academia y el servicio público, y a pesar de las dificultades políticas, socioeconómicas y hasta personales a las cuales se enfrentaron con denodada mística y entera devoción, pudiera destacarse que en la vida de ambos personajes son más visibles y relevantes aquellos aspectos trascendentes que los acercan que aquellos que bien pudieran alejarlos, lo cual hace ver que en lo más profundo de esa condición humana desarrollada por tan nobles ciudadanos, siempre prevaleció por sobre todas las cosas, la entrega desinteresada por servir a los más necesitados.

En la vida y obra de Hernández y Rangel, están presentes con una fuerza ejemplar referencias muy valiosas para emprender la definitiva transformación espiritual y humana que requiere en los actuales momentos la sociedad venezolana. Por ello, apelar a ambos como íconos de sabiduría, de grandeza espiritual y devoción profesional, sería el homenaje más auténtico que pudiera brindarse a dos trujillanos excepcionales, que con su obrar intachable lograron escalar de manera definitiva hacia la cumbre imponente donde la historia nacional coloca a todos los héroes civiles venezolanos. Ese homenaje sincero debe estar acompañado, además, de realizaciones concretas, de estudio profundo, de acciones valorativas y de sobrada capacidad de trabajo de todos aquellos que bien pueden hacer posible la construcción de una sociedad trujillana y nacional más humana e integrada social, cultural y económicamente.

Referencias

Amodio, E. (s/f). *José Gregorio Hernández personaje histórico y figura mítica*. En revista El Desafío de la Historia. Año 1, número 5. Grupo Editorial Macpecri. Caracas. Venezuela.

Díaz Castañeda, R. (1977). *Rafael Rangel, reflexiones sobre su biografía frente al espejo del suicidio*. Ediciones 7 Colinas. Valera. Venezuela.

Yaber, M. (2004). *José Gregorio Hernández. Académico y Científico*. Ediciones OPSU. Caracas. Venezuela.

Suárez, J. y Rojas, E. (2009). *Rafael Rangel en la memoria colectiva trujillana*. Fondo Editorial "Mario Briceño Iragorry", Núcleo Universitario "Rafael Rangel". Trujillo-Venezuela.